

cubrir empaliza-
Los caracollitos
dos y es preciso
estos grandes ó en
grados, guardándo-
lluvia y de la de-
ad.
los rosales, la je-
la se multiplican
estaca. El plantío
se hace en un
o al intento, que
la tierra, ventila-
expuesto al sol.
ava y se reparte
as y alabardillas
s un riego antici-
la tierra haga
der luego proce-

DEL FIGURIN 1363.

DE VERANO.

Traje de paseo
ó para el cam-
adísimo traje es
atinada, fondo
itas rosa. El cha-
leco es de
seda rosa
liso.

La com-
binación
de la do-
ble falda,
la chaque-
ta y el
chaleco,
se ve per-
fectamen-
te en el
figurin. El
ira de muselina
os de seda rosa.
ecido con flores

nte ó traje para
s faldas y esta-
Es de batista
doses de encaje
ro de la falda
grupos de plic-

llevan un tras-
ferentes anchos
Los paños de
rtos de volantes



41. Vestido con
cuerpo de aldea.



DIRECTORA: ANGELA GRASSI DE CUENCA.

Núm. 23—Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes.

18 JUNIO 1879.

Se publica en diez distintos idiomas.— Año XXIX.

SUMARIO.—Revista de modas, por Joaquina Balmaseda.—Vestido con túnica paniers.—Vestido de dos
telas.—Trajes para niños.—Vestido para niña de 3 á 5 años.—Paletot de piqué.—Vestido princesa.—Vestido
princesa con paletot.—Vestido para niño de 6 á 10 años.—Abrigo con esclavina para niña.—Vestido con
cuerpo interior para niño.—Vestido con falda plegada para niña.—Vestido guarnecido de encaje para niña.
—Traje de señora para salón y boda.—Vestido de muselina.—Vestido drapeado con chal de muselina.—

Vestido bordado.—Traje nupcial.—Traje para baile.—Cuerpo escotado.—Paletot holgado.—Paletot con
chaleco.—Cuerpo frac.—Sombrero de paja para niña.—Sombrero con flores para niña.—LITER. T. R. A.
—A Natalia, poesía, por Francisco Javier Godo.—Balada, por Joaquín Omedilla.—Pobreza y felicidad,
por María del Pilar Simón.—El señor de la levita, por José María Cuenca.—Variedades.—Economía do-
méstica.—Explicación del figurin 1364.

REVISTA DE MODAS.

La moda ha tenido y tiene numerosas ocasiones de exhibirse en teatros, conciertos y fiestas literarias que han tenido lugar en el presente mes, y otras que se anuncian. Los conciertos del Retiro que por la frescura de las noches se han verificado por las tardes, exigen más ostentoso ajuar; y las recepciones académicas, las solemnidades científicas y literarias antes vedadas á las señoras, y de que hoy son el más bello adorno, les imponen trajes de pretension que ellas no pierden ocasión de exhibir. Los trajes primaverales no han dejado, pues, de ostentarse, y jamás los tonos claros y oscuros han unido sus tintas en más dichas combinaciones. La seda mezclada con el satín de algodón y con la indiana, que como todo lo que entroniza la moda es la necesidad del momento y se paga á muy altos precios, hace vestidos Pompadour impregnados de frescura y gracia; los colores para jóvenes son el fondo blanco, crudo, lila ó azul pálido, sembrado de flores, y para señoras de otra edad toda la escala de floreos oscuros, de imitaciones cachemir y de sembrados sobre gris hierro ó avellana; la seda ha de armonizar en color con estas telas de algodón, y es muy común por el momento completar un vestido de seda negro con los paniers, cuerpo y adorno de manga de percal ó satín de algodón de fondo negro, también con flores de colores, ó uno de seda azul pálido con satín de algodón color crudo, sembrado de microscópicos lirios azules. E. te sería un delicioso vestido para joven.

En este gusto puedo recomendar como hechura una falda redonda de seda, formando delantal siete bullones perpendiculares, cada uno con cabeza á cada lado, terminando la falda por detras tres volantes á plegado menudo, con bullon á la pegadura del último. Sobre esta falda de seda, baja una polonesa redingot, cuyo cuello va crillado de plegado de seda, abriéndose desde la cintura para dejar ver el delantal, y va llamada hacia atrás por los paniers; este redingot es de satín de algodón, sembrado de flores y sin más adorno que un ple-



1 Y 2. VESTIDO CON TÚNICA PANIER.
(Patron: pliego por el revers, número V, figura 30 á 33.)

gado á la antigua todo alrededor. Manga de seda sólo hasta el codo, con tres plegados de la tela de algodón. Háblase para vestidos de salón y para cuando el calor exija atavíos muy ligeros, de adorables creaciones de muselina de la India, blanca, porque este verano volverá á llevarse mucho blanco con cintas de todos colores lisas, brochadas ó escoceras. Los vestidos 11 y 12 de este mismo número son una deliciosa muestra de vestidos de este género, con infinidad de plegados y

encajes que les hace doblemente ligeros y vaporosos. También las granadinas caladas, combinadas con el crespon de lana ó con la seda, hacen trajes de verano impregnados de coquería, y hay foulaires-satin, estampados á flores, que con las telas de lana beige ó parisien, hacen trajes muy lindos para vestir. Las telas de canton y las de hilo son muy buscadas para excursiones de campo y trajes llamados de batalla, pero todos engalanados con cintas y encajes breton, todos con recogidos más ó menos abultados, que dejan siempre ceñida la cadera.

La manteleta-écharpe es por el momento uno de los lindos complementos de los vestidos de verano, por más que se suprimirá en los días de gran calor: unas se hacen con bordados de soutache, si la tela de la manteleta es lana, otras se enriquecen con entredoses y encajes si la tela es ligera, y hasta un plegado á la antigua como en los pabellones de la túnica, es de muy buen efecto y ajustado á la última expresión de la moda. El carrik Chateaubriand, esclavina de tejido ligero como el vestido, con dos cuellos de raso cerrados en el pecho por lazo de muchas lazadas, es también un complemento propio de vestido para joven. El cubre-polvo será como siempre el abrigo indispensable de viaje y excursiones campestres, hecho en lana gris hierro, pudiendo recomendar en este género dos hechuras de novedad; una en que el gran paletot lleva en la costura de la espalda una pieza plegada á pliegue menudo, como se ha llevado en el centro de la espalda de los vestidos, y otra en que una esclavina-vi-ta, completa el gran paletot, y avanza á formar la manga como en las manteletas de esta hechura.

Este año se ha hecho el sombrero más indispensable que otros, y los de paja belga y paja de Italia se ven con profusion entre algunos de paja de arroz ó pajas de colores. La forma más generalmente adoptada es la caída de los lados y sujeta con las bridas, que unas se atan debajo de la barba y otras por detras, completando el adorno del sombrero; esta hechura atrevida, y no diré graciosa, es una reproducción de los sombreros

de las maravillosas del año ocho. Con esta forma alterna siempre la de capota, y se ven algunas de fondo plegado, con el ala de paja ó todas de paja rodeadas de flores que son encantadoras. Las flores silvestres están este año en primer término como adorno de los sombreros, y son también muy estimados los grandes lazos de encaje breton, con un broche y un grupo de tres rosas de contrario color cada una, colocadas detras. Algunos también llevan lindas plumas rodeando el fondo, y bridas siempre en el mismo color del forro del ala.

Parece que en París al frenesí de los lagartos en alfileres y pulseras, sucede el uso de animales heráldicos hechos en piedras. En uno de los salones últimos, una reina de la elegancia lucía en su pecho y cabeza dos leopards robados á su escudo de armas. Si esto se generaliza, dará más variedad á la moda, y los grifos, dragones, delfines y otros animales célebres en heráldica, pasarán de los pergaminos á las manos de los joyeros, y de éstas al pecho y los cabellos de las damas, que lucirán el emblema de su blason.

Del placer al dolor no hay un paso. De las galas á los lutos media á veces un instante. Por eso, de los brillantes pasará á terminar esta reseña recomendando para lutos el crespon inglés, y la parisien de primera calidad que hace vestidos ligeros y de riguroso luto; á veces para lutos de poca importancia se combinan las dos telas, completándose de una de ellas la manteleta-echarpe ántes descrita, que para luto es indispensable cuando al gran manto sucede ya en el segundo período del duelo el sombrero de crespon ó paja negra. Lucir el talle parece demasiada pretension que quita al luto su severidad.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. VESTIDO CON TÚNICA PANIER.

(Patron: en el pliego por el revers, núm. V, figuras 30 á 38.)

El núm. 2 presenta por delante un vestido de cachemir azul claro, que muestra, en granadina negra y por la espalda, el núm. 9. El chaleco es de foulard Pompadour, ó seda y lana brochada, de cuya tela son también las vueltas de manga. El vestido de granadina, lleva la falda de seda negra con plegados de granadina y encaje breton negro, guarneciendo toda la túnica encaje breton negro y blanco. Un encaje de hilo guarnece la túnica del otro traje que se cortará por el patron indicado, al que acompaña un croquis completo en pequeño para la mejor comprension: el chaleco núm. 30 se corta en forro, y despues, por el modelo núm. 30a, se forra de tela, mientras que en el núm. 31 se cosen juntas las dos partes A-B para que el chaleco sirva de forro al delantero. El grabado núm. 1 muestra cómo se recoge la túnica de los costados y se pliega por arriba en el centro de atras. Los números 35 y 36 muestran las vueltas para la manga del traje, y el 38 otra manga de distinto modo adornada.

3 Á 10. TRAJES PARA NIÑOS.

3. *Vestido para niña de 3 á 5 años.*—(Patron: en el pliego por el revers, núm. VIII, figuras 50 á 54).

Este grabado muestra un vestido de muselina, y el plaston va cosido al delantero izquierdo de e á f, cerrando con botones en el delantero derecho con los ojales en una tira interior: un paño plegado de 15 centímetros de largo por 76 de ancho, completa la parte de la espalda, y el cuello, de vueltas, sujeto en la costura del hombro, se fija al escote por las letras i l. Guarnicion bordada y galones labrados le adornan.

4. *Paleté de piqué para niña.*—Tiras bordadas de 4 centímetros de ancho, cuya union está disimulada por un galon labrado, adornan la espalda del paletot, y una sola con galones estrechos el borde de al rededor, cuello y puños. Cinturon de cinta del color del vestido y sombrero de paja con flores silvestres

5 y 6. *Vestido princesa con paletot para niña.*—(Patron y explicacion: en el pliego de patrones por el derecho, núm. III, figuras 15 á 18).

7. *Vestido para niño de 6 á 10 años.*—(Patron y explicacion: en el pliego por el derecho núm. IV, figuras 19 á 25).

8. *Abrigo con esclavina para niña.*—(Patron: en el pliego por el revers, núm. X, figuras 58 á 60).

Los delanteros y espalda de este abrigo se cortan por los del vestido núm. 3, y el patron muestra la esclavina, que deberá tener 22 centímetros de largo por delante, 26 por detras y 106 centímetros de vuelo. Este modelo es de piqué blanco con tiras bordadas fijadas por biéses á la máquina.

9. *Blusa con cuerpo interior para niño.*—(Patron del canesú y manga: en el pliego por el revers, figuras 55 á 57, y por el derecho figuras 19 á 21).

Hasta los siete años los niños llevan esta clase de vestidos: el largo del pantalon desde la cintura es de 33 centímetros, y el cuerpo interior se cortará por la figura 20 algo más pequeño: la blusa se abotona á la falda, de 17 centímetros de largo por 125 de vuelo, bajo una cintura de la misma tela: el canesú se hace en tela doble, cosiendo á él la espalda, fruncida y cortada al hilo, de 25 centímetros de largo por 20 de ancho y los delanteros de 40 de ancho. El vestido de tela gris va adornado de percal en tiras azul marino.

10. *Vestido con cuerpo y falda plegada.*—(Patron del cuerpo: en el pliego por el revers, núm. IX, figuras 55 á 57).

El pantalon y cuerpo de este traje se cortan por los de la figura anterior, montándose la falda plegada en una cintura que queda debajo del echarpe de la misma tela del traje: la falda tiene de largo 55 centímetros.

11 Á 16. TRAJES PARA BAILE Y BODA.

11. *Vestido de muselina.*—(Patron de la draperia: en el pliego por el revers, núm. 13, fig. 63).

Valenciennes, entredoses, plegados de muselina y lazos de cinta de doble faz, componen el adorno de este traje de muselina blanca. El adorno de la falda es un plegado con puntilla y un volante con cabeza ricamente adornado. Para las distintas partes de la sobrefalda ó draperia, véanse en el patron las letras a b c, y el croquis con medidas exactas: la primera adornada de un plegado á conchas, de muselina y unida del centro por lazos; el alto de la draperia b se cierra en el centro, y el costado se reduce á 44 centímetros por medio de cuatro pliegues: estos dos paños terminan en los paños de atras que muestra la draperia c fruncida por arriba. El cuerpo se abre por delante sobre chaleco de raso igual á los lazos, sobre el cual los delanteros juntan y cierran por arriba con un ramo de flores.

12. *Vestido de muselina drapeado en chal.*—La falda, adornada por abajo de un plegado fino con encaje, va cubierta por un lado de un paño de la tela, recogido con pliegues y con entredoses á intervalos de 12 centímetros, los pliegues continúan bajo la draperia y en forma de volante por los paños de adelante y los costados, como indica el núm. 12, y la draperia, en chal, tiene 32 centímetros al borde superior y 126 al inferior, mientras que la de atras es un paño al hilo de 70 centímetros de ancho por 150 de largo montado á la cintura de la falda y de un lado fruncido y del otro recogido en lazadas. El adorno de entredoses y encajes le muestra claramente el grabado.

13. *Vestido bordado.*—Es de faya negra con bordado de seda amarillo tostado sobre raso negro: en la falda las tiras bordadas que bajan por la delantera van separadas por un bullonado de raso, y el chaleco y vueltas bordadas y el bullonado y plegado del escote y mangas son de raso también.

14. *Traje nupcial.*—Vestido de raso blanco, de forma princesa, liso por delante, con aldetas por detras, y ricamente bullonado con lazos por los lados; el bajo de la falda va adornado de un volante de 7 cents. de ancho y de otro de 19, montado á tablas y alternando entre ellas lazadas dobles. Guirnalda de flores de azahar y velo de tul.

15 y 17. *Vestido para baile.*—(Patron: en el pliego por el revers, número VI, figs. 39 á 46).

El núm. 15 presenta un vestido de damasco y raso azul pálido, cuyo cuerpo por delante ofrece el núm. 17, adornado de un plaston, figurando chaleco de raso como las solapas, que se abren sobre la camiseta de tul plegado, y guarnecidas de un pequeño fleco á plegado, que se continúa por detras en forma de fichú. Los paños de adelante y de los lados de la falda van cortados en percal, colocando encima el bullonado de damasco; y los

paños de atras van cortados en raso y forrados de linon, terminando en el bajo el adorno plegados de raso y flecos de seda rizada al pié del bullonado. Lazos de cinta de raso.

16. *Vestido para niña.*—Vestido princesa de cachemir azul claro adornado con encajes blancos y bordados al pasado hechos en la misma tela.

18 Y 19. SOMBREROS DE PAJA PARA NIÑAS.

El núm. 18 lleva una cinta de faya rodeada al fondo, sobre la cual van grupos de margaritas como si continuaran una ligerísima guirnalda. Lazo y bridas de seda blanca.

El núm. 19 tiene un fondo de 5 cents. de alto con cinta de raso al rededor, que forma lazo por delante y plegado de la misma cinta al borde del ala. Pompon de seda y bridas de cinta.

20 Á 22. PALETOTS DE ENTRETIEPO.

20. *Paletot de seda negra.*—(Patron: en el pliego de patrones por el derecho, núm. I, figs. 1 á 7).

Este abrigo, hecho en faya negra, recto de adelante y ligeramente entallado de atras, va adornado de seda pekin á listas de terciopelo en vueltas, cuello y carteras de las dos costuras de los costadillos.

21. *Paletot con chaleco.*—Está hecho también en seda negra, y los delanteros y costadillos tienen una aldetá cortada aparte, con cuello vuelto, de 8 cents. y vueltas de manga de 12; un fleco le guarnece y sube ocultando la union del chaleco.

22. *Cuerpo-frac.*—Este paletot es más bien un cuerpo que presenta de espalda el grabado, y se completa por delante con un chaleco Luis XV, que corresponde al drapeado de la falda, sea en faya brochada, cachemir Pompadour ó percal. Encaje breton y lazos de raso le completan.

JOAQUINA BALMASEDA.



Á NATALIA.

TU RECUERDO.

Las tiernas hojas que en abril verdean
en las flexibles ramas, cuando el cierzo
del otoño las troncha, y al impulso
del remolino fiero

corren, se esparcen y agitadas vuelan
y luego desaparecen, y ni el sello
de su memoria queda, nos indican

que todo acaba presto;
que la vida es el sueño de las almas,
que todo tiene un fin; que en un momento
debe todo acabar, sin que su rastro
quede aún... ni el recuerdo

de su existencia; todo lo destruye,
todo lo mata con su fuerza el tiempo;
fugaz locomotora, que se escapa
sin tregua ni sosiego...

Yo tengo que morir, hermosa mía,
mas en mí tu recuerdo será eterno;
no me aterra la muerte pavorosa

ni su imperio funesto;
de la tumba en el antro tenebroso,
en donde todo es soledad, misterio,
mientras quede de mí siquiera un átomo,

un algo de mis huesos,
ceniza, en fin, de lo que un día ha sido,
en el último polvo de mis restos,
allí quedará impresa tu memoria,
grabado tu recuerdo...

Y aún desaparecidas las moléculas
de lo que fué mi sér, en el desierto
vacío de la nada, tu memoria

allí ha de estar; lo creo...
Y si es cierto que hay Dios, y Dios habita
en la infinita inmensidad del cielo,
como es del cielo tu recuerdo digno
y debe ser eterno,

dos de linon,
os de raso y
lo. Lazos de

sa de cache-
s y bordados

INAS.

ada al fondo,
mo si conti-
ridas de seda

de alto con
or delante y
Pompon de

po.

el pliego de
)

e adelante y
do de seda
lo y carteras

tambien en
enen una al-
e 8 cents. y
nece y sube

ás bien un
, y se com.
que corres-
a brochada,
n y lazos de

ASEDA.



nto

o,

ita

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Nº 542

1364

EL CORREO DE LA MODA
Periodico ilustrado para las Senoras

Calle de la Montera, número 11, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

yo al cielo debo ir á recordarte,
ya que tan sólo incomprensible veo,
que viva tu recuerdo sin mi alma,
y yo sin tu recuerdo!...

FRANCISCO JAVIER GODO.

Madrid 1879.

BALADA.

(TRADUCCION DE ENRIQUE HEINE).

Dos jóvenes se miraron
y se amaron en silencio:
nadie decirlo quería
el uno al otro primero:
al encontrarse sus ojos
se apartaban con recelo,
y en un volcan de cariño
se abrasaban sin quererlo.
Mas al fin se separaron
y se veían en sueños,
y lenta y pausadamente
los dos corazones tiernos,
de amor, recelos y ausencia,
sin saberlo, se murieron.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

POBREZA Y FELICIDAD.

I.

Hubo una época en que por circunstancias imprevistas, me sucedió tener que mezclarme á los poderosos del mundo, es decir, á lo que se llama *la alta clase*: acababa de pasar algunos meses en un espléndido castillo y en el seno de la opulencia, cuyas ventajas habia disfrutado, sin tener que soportar ninguno de sus enojos ni de sus cargas; tuve, por fin, que dejar á mis ilustres huéspedes, y resolví ir á buscar la estacion del ferro-carril que conduce á la ciudad, sola y á modo de paseo, pues la magnífica morada que me habia dado asilo se hallaba á muy poca distancia.

Preocupada por tristes pensamientos caminaba con lentitud y distraccion; en otro tiempo hubiérame yo tenido por feliz andando así libremente sin equipaje ni cuidado alguno, aspirando á pulmones llenos el aire y los perfumes de los campos; pero los contrastes son cosa muy peligrosa, y yo comparaba mi presente, tan mezquino, al espléndido pasado, tan próximo todavía, y en el que habia hallado tantos goces y tan pocos trabajos; mi filosofía habitual no me servia de nada, caminaba abatida y triste á traves de los campos, echando de ménos con pesar la senda florida que dejaba tras de mí en la vida, que no era la mía, y que no podia seguir.

Sin embargo, yo sabía que debía volver á mi casa, las condiciones de existencia en las cuales iba á entrar de nuevo, eran las condiciones ordinarias; ninguna desgracia me amenazaba; ninguna decepcion habia venido á sorprenderme; yo volvía á tomar mi ruta donde la habia dejado, pero tenía en la mano la balanza de mi vida, y, ¡ay de mí! no podia igualar el peso de la razon al de las ilusiones; yo no veía delante de mí otra cosa que ese triste conjunto de penas, de contradicciones, de nuevos sufrimientos, que parecían ser el lote de mi vida.

En efecto, cierto aspecto de la existencia, considerado por sí solo, y fuera de las ideas elevadas y de los goces intelectuales, presenta su lado repugnante; mas ¡por qué mirar sólo un lado cuando tenemos otros? porque todos tenemos un poco de locos y de verdugos de nosotros mismos.

Era por la mañana; caminaba yo por una senda que llevaba á la estacion del ferro-carril; esta estacion era la única voz que hablaba del mundo á los habitantes de aquellos lugares; el país era pobre, pero sin duda que en él hacían falta pocas cosas, y que estas pocas se encontraban en él: yo miraba con tristeza aquellas casitas blancas, aquellos techos de paja, aquellos jardinillos sin cerradura, sin simetría, sin gusto; aquellos campos, en los que la vista se perdía, y que debían regar los hombres con su sudor para sacar únicamente lo preciso con que sostener su fatigosa existencia, y compadecía á esos hombres, tanto más, cuanto que mis deseos se habian ensanchado y que me parecia imposible vivir fuera de ciertas condiciones de bienestar que la Providencia no ha deparado sino á muy escaso número.

Nadie me seguía ni nadie me esperaba, y me hallaba

precisamente en esa independencia que dispone á recibir las impresiones durables; pensaba caminar hacia la estacion, y me engañaba, caminaba hacia mi curacion.

El sol, moderando sus fuegos y velando su poder, doraba la magestuosa campiña; los bosques lejanos se asemejaban á grandes cortinas de un verde oscuro, extendidas sobre el horizonte; un hilo de agua azulada viajaba entre dos riberas esmaltadas de florecitas, que sólo le pedían el que pasara siempre tranquila; un cielo puro reflejaba su paz sobre la bella naturaleza, y yo sufría, sin sospecharlo, una influencia extraña que me predisponía á los pensamientos sanos.

Una niña que podría contar diez años se hallaba sentada al lado del sendero, y á cincuenta pasos de un grupo de hombres y de mujeres, que trabajaban con el cuerpo inclinado hacia el suelo.

—Buenos días, señora, me dijo separando con sus dos manos sus cabellos rubios para verme mejor.

—Buenos días, hija mía, le contesté; ¿qué haces aquí?

—Mirad; guardar la bebida para cuando tengan sed los que aquí trabajan; á la sombra se está muy bien, dijo la niña con un acento dulce, que lejos de anunciar ninguna rusticidad, era de una suprema gracia.

Yo deseaba hablar, y le hice algunas preguntas á las que me respondió con tanta ingenuidad, que me encantaba oirla.

—¿Cómo te llamas? le dije, sentándome á su lado para reposar un poco.

—Dionisia, señora.

Una línea negra pasó en este instante por delante de mis ojos, una línea negra mezclada de fuego, que volaba más bien, que corría: era el tren que yo iba á tomar, y que no tenía deseo ninguno de alcanzar. Dionisia, acostumbrada á ver correr las gentes para llegar á tiempo, creyó deberme indicar un camino que, conduciendo más directamente á la estacion, facilitaría mi partida; la niña estaba tan enterada de todo lo que concernía al ferro-carril, como si ella misma hubiera formado parte del consejo de administracion; aquella inmensa máquina, que suspiraba todos los días delante de ella á una hora fija, aquel humo, aquellas llamas, aquel todo, habian hecho en su cerebro una impresion tanto más profunda, cuanto todas sus demás impresiones eran sencillas y monótonas; yo no me sentía atraída de modo alguno hacia el sendero de travesía que la niña me indicaba, sino hacia ella misma; mi espíritu, que poco ántes tocaba al desaliento, se sentía dulcemente inclinado hacia aquel infantil y apacible sér, tan inofensivo, tan tranquilo y tan consolador.

Era su voz para mí, al volver del gran mundo, como un sólo de oboe que responde al coro de una orquesta brillante; en tanto que ella me hablaba, miraba yo con aire sério sus vestidos miserables, su cabellera hermosa y abundante, pero muy mal cuidada, sus manecitas mórbidas y encantadoras, pero morenas como el sol, y á traves de este descuido, y como contrastando con el aticismo que me habia rodeado, veía sus hermosos ojos de un azul oscuro, mirándome con una curiosidad franca y verdaderamente divertida; veía que yo ocupaba un gran lugar en la atencion de la niña, y que mi presencia era de alta importancia para ella; pero que recibía de aquella criatura mucho más que le daba; una instruccion y un reproche por mi culpable tristeza de no ser rica.

—Esta niña tan pobre, pensaba yo, no es desgraciada; hállese en medio de la naturaleza como en su propio cuadro; su sonrisa no es ficticia; ninguna razon de conveniencia la trae sobre sus labios rosados, ¡acaso no será posible que nos engañemos cuando creemos necesaria tal ó cual condicion exterior de existencia?

Así filosofaba yo sentada al lado de Dionisia, con la cual hablaba sintiendo un placer infinito.

—¿Tienes padre, madre, hermanos, hermanas? le pregunté.

—Sí, señora, me respondió la niña; tengo de todo eso, y yo soy la más pequeña; mirad, todos están trabajando en ese campo, y yo he pedido venir tambien porque me fastidiaba sola en casa.

—¿Teneis buena casa?

—¡Oh, sí, señora! una casita muy bella! mi padre ha nacido en ella hace ya muchos años; desde aquí la podeis ver; la puerta está entoldada por una parra que nos da buenas uvas, y á la espalda hay un peral que tambien produce peras muy dulces.

Dionisia, al decir esto, me mostraba con su pequeño dedo su casa, estrecha cabaña, miserable en la apariencia, y tan fea, comparada con el palacio que yo acababa de dejar; pero la niña no conocía el lujo de las ciudades y hallaba su casita encantadora: ¡oh, ignorancia llena de dicha! ¡yo sabía más, y sufría tambien mucho más!

—¿Es tan bonita tu casa por dentro como por fuera? pregunté á Dionisia sonriéndome.

—Es aún más bonita, señora; tiene un gran lecho con cortinas azules, una artesa para guardar el pan, una buena mesa, un gran armario, una alacena y tantas sillas como personas somos nosotros, con cuatro de sobra, por si viene alguno á vernos, además, tenemos un espejo sobre la chimenea y algunas bellas imágenes pintadas de encarnado y puestas en sus cuadros; mi hermano mayor duerme en un cuartito oscuro que hay al entrar en el patio; no es feo, sino que no tiene luz; mas, para dormir no la necesita.

—Y tú ¿dónde duermes?

—En la cama de mi hermana, entre el armario y la alacena; allí se está perfectamente, y no llega el viento de la puerta.

—¿Duermes bien?

—¿Pues hay acaso alguno que no duerma bien? ¡Cuando se ha estado trabajando todo el día, se desea mucho la noche para dormir!

—Y no obstante, hija mía, yo conozco personas que duermen muy poco y muy mal.

—Eso podrá ser allá abajo, señora, en las grandes ciudades; mi padre dice que eso es porque tienen poco aire, porque no hacen nada, y porque piensan demasiado; yo respiro todo el aire que quiero; trabajo, me divierto, y no pienso en nada, por lo que duermo como una marmota; mi hermana mayor se ve obligada á tirarme de los pies para despertarme.

—¿Tienes buen apetito?

—¡Yo! ¡Siempre me estoy muriendo de hambre! ¡La siento así que salto de la cama; como, y al poco rato ya tengo gana otra vez; es cosa de nunca acabar!

—¿Y qué comeis en este país?

—¡Oh! ¡Las cosas mejores del mundo! ¡Pan, leche, manteca, queso, coles, ensalada, patatas, budín, de todo! ¡Lo que se llama de todo! ¡Y además, nuestro pan es tan bueno! Mi madre es quien lo hace y yo la ayudo.

—¿Y amasais con frecuencia?

—Cada quince días; y tan bueno es el primero como el último, solamente está un poco más duro; pero en casa todos tenemos buenos dientes.

—¿Te agradan los vestidos bonitos?

—¡Ya lo creo, señora! Mi padre me ha comprado uno muy lindo para la fiesta, y yo estoy muy contenta.

—¿Es bonita la fiesta de este pueblo?

—¡No hay nada que pueda serlo más; figuraos que hay mercaderes que vienen á vender de muy lejos tazas de porcelana, cestos y cajas; hay una lotería, caballos de madera, un tiro de pistola para los hombres, un polichinela para nosotros los muchachos, y baile tres días seguidos; mi hermana mayor dice que el baile es la cosa más hermosa; á mí me gustan más los caballos de madera, que dan tantas vueltas, y donde una se rie tanto!

—Cuando llega la fiesta del pueblo ¿comeis mejor?

—¡Oh, sí por cierto! Mi madre matará dos conejos y la gallina negra, que ya no pone huevos; además hará una torta, leche frita, dos tartas, y para aquel día guardamos las peras del árbol, que asamos y comemos con azúcar.

—¡Gran festín! ¿Y despues de ese día volveis al trabajo con gusto?

—Sí señora, sólo que yo tengo dolores en las piernas de tanto saltar; pero pronto se me pasan, ¿pensáis, señora, que yo no trabajo? pues tengo cuidado de las gallinas, recojo los huevos de las ponedoras, barro el gallinero y les doy de comer á los pollitos; ¡pues y los conejos! ¡no me dan poco que hacer! ahora tenemos tres madres y ocho pequeñitos, que harán cuatro meses á la luna nueva; yo me voy con el fresco á coger hierba para ellos á lo largo del camino y traigo dos delantales bien llenos, uno en las manos y otro sobre la cabeza; mi madre dice que yo seré una buena ama de mi casa; es preciso trabajar, porque Dios lo quiere así, y, si lo hacemos, nos recompensará allá arriba.

—Dionisia, tú esperas ir al cielo, ¿no es verdad?

—¡Oh, sí señora! el señor cura dice que esto no es difícil cuando uno no es rico.



3. Vestido para niña de 3 á 5 años.
(Patron: pliego por el revers, núm. VIII,
figs. 50 á 51.)

4. Paletot de piqué para niña.

—Eso dice el señor cura? ¿de modo que es peligroso el serlo y el estar ociosa?

—Creo que sí, según lo que el señor cura dice; yo por mí estoy muy contenta de haber nacido en mi casita, porque cuando se ha trabajado mucho arreglándola y luego en el campo, y se ha rogado bien á Dios el domingo en la iglesia, y todas las noches y mañanas un ratito al pie de la cama, se debe ir una muy tranquilamente allá arriba; y no es porque lo hayamos merecido con tan poco, sino porque Dios es muy bueno.

En tanto que la niña hablaba, escuchaba yo sus palabras con docilidad, como si en sus sencillos discursos hubiera oculto un alimento para mi espíritu enfermo; sin pensar en ello, habíamos dejado nuestros asientos á la orilla del camino, é íbamos andando hacia la estación, deseosa ella de acompañarme el más largo rato posible; yo tampoco hubiera querido separarme tan pronto de ella; pero de repente la estación apareció á nuestros ojos; sólo teníamos para llegar á ella que atravesar el pueblo.

—Venid por aquí, me dijo la aldeanita señalándome á su derecha; por aquí llegaremos antes.

Yo la seguí; ¿y qué cosa mejor podía hacer? sabía ella muchas cosas que yo ignoraba; ya mi espíritu tranquilo se reconciliaba con la vida al contacto de una alma sencilla y llena de candor; para Dionisia las necesidades de la vanidad no existían; al lado de su candida fe, de su pura felicidad, los sueños de las humanas grandezas palidecían y se alejaban.

—Ya vereis ahora una cosa muy triste! dijo de repente Dionisia con voz conmovida.

—Una cosa triste! le pregunté admirada, porque la alegría iba volviendo poco á poco á mi alma.



7. Vestido para niño de 9 á 10 años.
(Patron: pliego por el revers, núm. IV,
figs. 19 á 25.)

8. Abrigo con esclavina para niña.
(Patron: pliego por el revers, núm. V,
figs. 53 á 60.)

otroañi-
ños, se-
gun su edad,
ayudaban á su
madre á preparar
sobre el suelo terro-
so del camino el al-
muerzo para toda la fa-
milia; los niños eran nue-
ve; el almuerzo se compo-
nía de leche y pan negro, que debían comer en unas ta-
zas de barro, y con cucharas de estaño ennegrecidas.
Algunos de los niños vinieron presurosos á saludarme,
con intención visiblemente interesada, pero tan gozosos
como si hubieran vivido entre mil comodidades; al rede-
dor de ellos andaba y se movía un enorme perro que era
el amigo de todos, el amigo indispensable, porque era el
que ayudaba al padre á arrastrar la carreta; aquella fa-
milia representaba la vida nómada, en su último grado
de miseria.

—Ya veis, señora, qué pobres son! me dijo mi pe-

—Sí señora, respondió; ¿veis allá al lado del camino una carreta! pues esa es la casa de unos pobres alemanes; ¡si supierais, señora que desgraciados son! cuando paso por aquí y los veo, me da vergüenza de ser tan dichosa.

—Miré en derredor mio, y vi, en efecto, sobre el camino una de esas casas ambulantes que sirven de asilo á los miserables cesteros alemanes y en las cuales nace, vive y muere toda una familia compuesta de gran número de hijos.

—¿Conoces tú á esas pobres gentes? pregunté á Dionisia.

—Sí, señora, me respondió esta; todos los años vienen á nuestra casa, al dar su vuelta por este pueblo; cada año los niños han crecido, y cada año hay uno nuevo; es cosa muy triste ver tantos niños mal comidos y mal vestidos! aquí está el último.

Una criatura, casi des-
nuda, ensayaba sus
primeras fuerzas
asíndose, para
tenerse de pie,
á las ruedas
de la car-
reta; los

queña compañera; en casa les compramos cestos, sin que tengamos gran necesidad de ellos; y se les dan á cambio los que aún podrían servir; solo porque ganen alguna cosa; mi madre les hace además algunos regalitos; la noche pasada, vine con ella, y en tanto que los pobres cesteros dormían, atamos á la carreta un vestido de niño; como yo no tengo nada mio, nada les puedo dar pero ayer he pedido permiso á mi madre para traerle un huevo muy grande que hallé en el corral; le habí puesto la gallina blanca que come en mi mano.

—¿Te dan mucha lástima esos pobres niños, no es cierto Dionisia?

—Oh, si señora! ¡yo quisiera darles vestidos sin agujeros, como los míos, que mi hermana mayor componen tan pronto y tan bien! quisiera darles buena sopa como

La sana filosofía de aquella niña hizo que á mi vez me sintiera avergonzada.

—Dionisia mira á los que están más abajo que ella, me dije, y se encuentra demasiado rica, yo he mirado á los que están más altos, y por eso mi corazón se consume de envidia y ha llegado á creerse desheredado, mientras que cada día recibo los dones de Dios con tanta abundancia! A esos pobres cesteros no les ha tocado en suerte otra cosa que cuatro tablas sobre dos ruedas, un jergón y algunos harapos; y sin embargo, viven y están contentos; á Dionisia le ha tocado un círculo más ancho, y que ahora me parece tan estrecho; y, no obstante, ella se encuentra muy bien, y teme ser demasiado rica; y yo, cobarde, convidada al festín de la Providencia, me quejo sin cesar porque hay sitios en él mejores que el mio! y



11. Vestido de muselina.
(Patron: pliego por el revers,
núm. XIII, fig. 63.)

12. Vestido drapado en chal
de muselina.

13. Vestido bordado.

14. Traje nupcial.

15. Vestido para baile. (Véase
el núm. 17.) (Patron: pliego por
el revers, núm. VI, figs. 39 y 40.)

16. Vestido para niña.

MARÍA DEL PILAR SINUES.
(Arreglado del francés.)

EL SEÑOR DE LA LEVITA
POR
JOSÉ MARÍA CUENCA.

XLV.

A pesar de la actividad del inspector de policía, los trámites judiciales para probar que Lorenzo había sido



17. Blusa con encaje interior para niño.
(Patron: pliego por el revers, figs. 55 á 57.)

18. Vestido con falda plisada para
niño. (Patron: pliego por el revers,
núm. IX, figs. 55 á 57.)

el que entregó al demandadero Domingo Muñeiro la carta que había llevado á casa del señor de Monterreal, tardaron quince días.

Después de las primeras declaraciones que el juez tomó á Jacobo, le trasladaron al calabozo donde estaba á otra habitación del piso segundo que daba á un largo corredor que tenía muchas rejillas á la calle.

Por aquel corredor podía pasearse, y en su habitación era dueño de recibir á sus amigos cuando lo tuviera por conveniente.

Isabel fué dos veces á visitarle en los primeros días de su prisión, acompañada del inspector, pero era tanto lo que se afectaba cuando veía á su hermana, que por temor de que con tantas emociones cayese enfermo, hubo que suspender estas entrevistas.

El inspector de policía era el que le llevaba noticias de su madre y su hermana, asegurándole que pronto estaría en libertad.

Jacobo pasaba momentos horribles en su prisión. Se le habían proporcionado libros, papel y todo lo necesario para escribir, á fin de que se distragara, pero ni leyendo ni escribiendo encontraba alivio á sus penas.

Su triste situación presente y su incierto porvenir estaban siempre fijos en su pensamiento.

Sólo veía la miseria en perspectiva para su madre y su hermana. Al lado de estas dolorosas ideas se presentaba también el recuerdo de Julia.

Ya sabía que estaba en un convento por haber rehusado casarse con el conde de Villalta, se lo había dicho el inspector de policía para consolarle.

mio, si
algo de lo
que yo ten-
go hace falta
para algun des-
graciado, dádsele,
y bendita sea vues-
tra santísima voluntad!

Sabía asimismo que había declarado que sería de Jacobo de Monterreal ó de Dios.

Algo así como un destello de esperanza brillaba en su sombrío horizonte cuando este recuerdo asaltaba su mente.

Su corazón no latía entonces tan agitado, respiraba mejor y se sentía más tranquilo.

El amor le consolaba algunos instantes desenvolviéndole bellas y halagüeñas ilusiones; pero este consuelo duraba poco, y el sueño tenía un terrible despertar.

Se veía en la cárcel acusado de falsificador, sin saber si á pesar de lo que le habían prometido podría probar su inocencia.

De todos modos, siempre había pesado sobre él una acusación infamante y había estado en una prisión entre criminales.

¿Lo olvidaría esto Julia? ¿Le amaría lo mismo que antes? ¿No se avergonzaría de haberle conocido?

Con los codos apoyados sobre el antepecho de la reja que estaba en el rincón más desierto del corredor y la frente entre las manos, pasaba las horas absorto en sus pensamientos.

Como en su corazón no cabía el odio ni la venganza, el recuerdo de Luis de Alvar acudía muy de tarde en tarde á su mente.

El inspector de policía le había asegurado que la carta y la letra de cambio, así como todos aquellos desgraciados acontecimientos ocurridos la noche del estreno de su drama, eran obra de Luis de Alvar, que todos los datos lo probaban, y que si Lorenzo negaba todavía haber entregado carta alguna á Domingo Muñeiro el demandadero, ya se encontraría medio de hacerle declarar la verdad.

Pero Jacobo, lejos de guardarle rencor, le tenía compasión y había perdonado con toda su alma aquella horrible felonía al que se había llamado su íntimo amigo. Así pasaba los días en esta continua lucha que abatía su cuerpo y turbaba su razón.

Ni aún siquiera le quedaba el triste consuelo de desear morir para descansar.

Este deseo le estaba prohibido: era un crimen.

Si moría, ¿quién cuidaría de su madre y su hermana? Era preciso sufrir y esperar.

Por fin Lorenzo, no pudiendo negar los testimonios de Nicolás y otros dos criados, compañeros de éste, que iban con el carro de los muebles, que juraban y perjuraraban haberle visto hablar con Domingo Muñeiro en la plaza de Anton Martín el día que se designaba, declaró que la carta que había entregado al demandadero para que la llevase á casa de D. Jacobo de Monterreal, se la había dado su señorito Luis.

Jacobo fué puesto en libertad inmediatamente.

El inspector de policía se empeñó en acompañarle á su casa.

Las penas y las crueles angustias que había sufrido en la cárcel, y la alegría que experimentó al verse libre, le produjeron una congestión cerebral.

Desde la cárcel á su casa sólo sintió algunos vahidos y aturdimientos; pero la irritación nerviosa en que le tenía la ansiedad y el deseo de ver á su madre y á su hermana no dejaron á la enfermedad desarrollarse.

Cuando se apeó del coche en que le llevaba el inspector apenas podía sostenerse en pie.

Isabel le esperaba en la puerta de la calle.

Doña María seguía enferma en la cama.

Jacobo, al ver á Isabel, se arrojó á su cuello; pero la irritación nerviosa desapareció de repente, las fuerzas le abandonaron, y deslizándose de entre los brazos de su hermana, cayó al suelo como muerto.

Entre el inspector, el cochero, Isabel y Juana le subieron por la escalera y le llevaron á la cama.

Juana corrió á buscar un médico.

El médico manifestó que Jacobo estaba de mucho peligro y que no respondía de su vida.

Por cuidado que se tuvo en no hacer ruido, Doña María se enteró de cuanto había pasado.

—Quiero ver á mi hijo,—exclamó arrojándose de la cama;—quiero verle. Impedírmelo es matarme.

Por pronto que Isabel acudió para cubrirla con una manta, ya había salido en medio de la sala sin más abrigo que la camisa y la chambrá.

Jacobo estaba sin conocimiento.

A costa de muchos ruegos y esfuerzos pudo separarse á doña María del lecho de su hijo.

El frío que había cogido y el dolor de ver á Jacobo como un cadáver le produjeron una fiebre espantosa.

Isabel ahogó sus sollozos y secó sus lágrimas, y, como siempre, olvidándose de sí misma, se dedicó á ser el ángel del consuelo de su familia.

XLVI.

La señora generala Mendoza estaba desesperada, y bien mirado, no le faltaba motivo.

Un mes hacía ya que Julia estaba en el convento de monjas Capuchinas, y no había pedido todavía que la sacaran de allí como ella esperaba.

—Es fatalidad,—dijo á su hijo Carlos una mañana yendo á buscarle á su habitación.—Desde hace algún tiempo todo me sale mal.

—Echa las cartas, como yo, antes de emprender alguna cosa grave á ver lo que te dicen,—le respondió Carlos sentándose delante de un velador donde había dos barajas.

—¿Para qué?..

—Para marchar sobre seguro; está probado... Yo lo hago siempre desde que estuve en Italia... ¡Es un gran país!... Allí todos, grandes y chicos, sabios y tontos, supersticiosos y despreocupados, no dan un paso sin echar las cartas... Voy á preparar el gran juego...

—Déjate de brujerías y ayúdame á sacar á tu hermana del convento... Quiero tenerla á mi lado... me aburre de estar sola.

—¡Bah, bah, bah!... ¡pues no te ha dado poco fuerete!... Déjala en la casa de Dios; así morirá santa y habrá un santo en la familia...

Y comenzó á extender las cartas sobre la mesa, diciendo muy tranquilo:

—Este es el gran juego... ¿quieres que te lo enseñe?... Es muy difícil... No creas que lo hago ahora por tí... lo hago por mi propia cuenta... ¡Ay, cara madre!... Yo también tengo mis penas y sinsabores... ¡Corpo del sentimiento!... Ya me ha salido mal dos veces...

Y de un puntapié arrojó por el aire el velador y las cartas, poniéndose á pasear muy de prisa por la habitación, profiriendo en italiano y en español cada juramento y cada blasfemia capaz de derribar un templo.

La generala estaba asustada.

—Pero Carlos, hijo mío, ¿sabes lo que estás diciendo?—exclamó.

—¡No lo he de saber!

—¡Monstruosidades, horrores!...

—¡Si te figurarás que es la primera vez que las digo!...

—¡Y un hombre como tú, que se jacta de ser tan despreocupado, que está gritando siempre á voz en cuello que no cree en nada, se preocupa tanto porque le sale mal un juego de cartas!...

—¿Qué quieres!... cada uno tiene sus manías.

—¿Y repites esta escena muy á menudo?

—Dos ó tres veces al día.

—¿Pero entonces ya crees en algo!...

—En nada, en nada.

—Sí, si crees: tienes fe en el as de oros ó en el tres de bastos.

—Te repito que ni creo ni tengo fe en nada. Echo las cartas por echarlas, por distraerme; es una costumbre como otra cualquiera.

—Bien, bien, no nos enfademos por eso; deseo que seamos buenos amigos, porque tengo necesidad de tí.

—Conmigo no cuentas para nada; yo siempre tengo que hacer. Y además, dentro de algunos días me marchó.

—¿Te marchas!...

—Sí, sí, me marchó de Madrid.

—¿Y dónde?...

—A Italia; aquí me aburro. Clotilde termina su contrata en el teatro Real á últimos de Marzo y me voy con ella á Messina. Despues pienso establecerme en Nápoles. Nadie me retiene en Madrid... Tenía un capricho, y ya has visto cómo las cartas me acaban de asegurar que me engaña.

—¿Y sólo el capricho, como tú dices, es el que te retenía en Madrid?

—¿Quién más me había de retener?...

—Tu familia.

—¿Qué familia?...

—¿Tu padre, tu hermana, tu madre!...

—Ni vosotros necesitáis de mí ni yo de vosotros.

—Yo me quedo sola, Carlos, abandonada. Si Julia,

por salir del convento, obedece á su padre y se casa con el conde de Villalta... ¡qué va á ser de mí!...

—¿No eres rica!...

—¿Pero la riqueza me dará familia, afecciones, cariño?...

—¿Qué falta te hace todo eso!... Con dinero se tiene lo más necesario á tu edad... porque ya vas siendo vieja... Con dinero puedes tener un buen cocinero, un buen fuego y un buen coche, tres cosas indispensables á las señoras que han cumplido los cincuenta... Aquí entre nosotros, tú debes haber cumplido ya los cincuenta... Vamos, sé franca... Pero los has aprovechado bien, eso sí... ¡Qué corte tan numerosa has tenido en tus buenos tiempos!... ¡Pocas mujeres habrá que hayan disfrutado lo que tú!... ¡Qué pocos cuidados has pasado nunca!... De mí maldito el caso que hacías; Julia vivía con su padre; de modo que estabas completamente libre... Es la vida tal como yo la concibo; cada uno para sí es lo mejor. Se ahorra uno de pasar disgustos y malos ratos.

—¡Dios mío, Dios mío, qué porvenir me espera!—exclamó la generala cubriéndose el rostro con las manos.

—Busca una señora de compañía para que te lea por las noches cuando no puedas salir por el frío... Luego dirás que no procuro por tí... Vaya, adios,—prosiguió Carlos poniéndose el sombrero y los guantes;—me están esperando; tengo que hacer... Ya te avisaré el día que me marchó, si me acuerdo.

Y salió cantando mientras su madre lloraba en silencio.

—¿Si yo pudiera hablar con Julia!—dijo sollozando. Pero su padre ha prohibido que vea á nadie, ni aún á su madre... Mi marido es un monstruo... ¡Prohibir que me vea!... Le escribiré... ¡Tan bien dispuesto como estaba mi plan!... Pero no había contado con que el conde no vería impasible que se le frustraba un rico casamiento... Ahí ha estado el mal... Por ese pícaro conde ha sucedido todo esto... porque estoy segura que la jarana del teatro del Príncipe y el asunto de la falsificación son obra suya y de su hermano... Lo de la jarana del teatro del Príncipe puede pasar por broma; no tiene nada de particular... no es el primer drama que se ha silbado ni será el último tampoco... pero lo de la falsificación es una picardía, una infamia... ¡Pobre Jacobo!... Yo sólo quería que me sirviera de instrumento para desarreglar la boda de Julia con ese necio de conde; pero no le deseaba ningún mal, al contrario, le daba un destino de doce mil reales en una provincia, que es mucho... Me parece que le pagaba bien el favor que me hacía... si no quedaba contento habría sido un ingrato... ¡Maldito conde! ¡Si pudiera vengarme!...

XLVII.

Mientras la generala Mendoza hablaba consigo misma de esta manera, se presentó su ama de llaves, la señora Isidora.

—La voy á V. buscando por toda la casa como quien busca lumbre,—dijo sentándose al lado de su ama con esa confianza y familiaridad que dan á un doméstico treinta años de buenos servicios.

—¿Para qué?—preguntó la generala.

—¡Jesus, María y José, qué cansada estoy!—prosiguió el ama de llaves;—déjeme V. que respire.

—¿Sucede algo extraordinario, Isidora?—volvió á preguntar la generala.

—Suceden muchas cosas, señora... ¡Válgame Dios lo que pueden los años!... Antes era yo ligera como una ardilla, subía y bajaba veinte veces al día las escaleras sin cansarme, y ahora en andando cuatro pasos, pare V. de contar; parece que voy á dar las boqueadas.

—¿Pero quiere V. decirme para qué me buscaba con tanto afán!... ¿Qué pesadez!... ¿Qué ocurre?—dijo la generala de mal humor.—Ya lo he preguntado tres veces.

—Ocurre que el señorito Jacobo está ya en la calle.

—¿Cómo en la calle!...

—Es decir, me explicaré. Precisamente en la calle, no, porque está en la cama muy malo, á la muerte, como que creen que no escapa, con un ataque cerebral de los atroces. Pero está libre, y... ¡pásmese V., señora!... ¡el culpable es el señorito Luis!

—Ya me lo figuraba yo,—pensó la generala.

—¿Pero eso no puede ser!

—¿Por qué?...

—Porque el señorito Luis es imposible que sea falsificador... ¡El hijo del conde de Villalta!... ni soñarlo...

El otro señorito, el Monterreal, no digo que no; es un pobretón, vanidoso, y por llevar levita será capaz de cualquier cosa... Conozco bien á esos caballeros de pega.

—No piense V. mal del prójimo, Isidora,—dijo la generala con tono severo.—Yo estoy segura que el señor de Monterreal es incapaz de cometer una infamia.

—Me alegro si es así; pero si no hubiera aparecido nunca por esta casa, nos habríamos evitado muchos disgustos... ¡Ay!... he dejado para lo último la noticia dolorosa.

—¿Cuál es esa noticia dolorosa, Isidora? ¡Toma V. ahora para todo un tono tan dramático que asusta!...

—Ya merece el asunto el tono dramático y hasta trágico, y V. misma lo tomará cuando sepa de qué se trata,—dijo Isidora un tanto ofendida de las palabras de la generala.

—Ya escucho... ¿Qué noticia es esa?...

—Que la señorita Julia quiere meterse monja.

—Ya está en el convento.

—Es que quiere tomar el hábito de capuchina.

—Esos son cuentos... V. no sabe lo que ha oído.

—No soy ninguna tonta ni estoy en babia todavía. Sepa V. para su gobierno, que la madre abadesa ha mandado decir al señor, que la señorita Julia le ha rogado encarecidamente que disponga lo más pronto posible la ceremonia de la toma del hábito.

—No se profesa así como se quiera,—dijo la generala haciendo por tranquilizarse.—Se necesita el noviciado...

—Siempre hay bulas para difuntos, y cuando se tiene dinero todo se allana, señora.

—Su padre se opondrá y yo también.

—Usted se podrá oponer todo lo que quiera, pero el señor ha estado ya á ver al padre vicario. Lo sé por el ayuda de cámara del señor.

—¿Si habrá perdido mi hija el juicio!—exclamó la generala.

—Dicen que está como un esqueleto,—prosiguió Isidora,—y más humilde que un corderito. Que ya no grita, ni alborota, ni llora, ni rabia como en los primeros días, y que no sale del coro.

—Voy á ver á mi marido; yo quiero saber qué es de mi hija... ¡Dios mío, qué porvenir me espera!... Mi hijo Carlos se marcha y me abandona, mi hija Julia se mete monja...

—Me parece, señora, salvo su opinión, que lo mejor que puede V. hacer es no ir á ver á su marido.

—¿Por qué? necesito saber la verdad.

—Porque será inútil, no la dejarán á V. entrar; me lo ha dicho el ayuda de cámara, que está muy enterado. El señor general está hecho una furia contra V.; dice que tiene V. la culpa de todo lo que pasa, y que por V. suceden muchas desgracias.

—Esas son calumnias, infames suposiciones; yo no he hecho jamás daño á nadie; pero como me ven sola, todos me acusan y me faltan al respeto. El autor de las desventuras de Julia es su padre, mi marido... Es un tirano, un déspota...

—¿Pero nos dejarán ver á la señorita Julia ántes que tome el hábito?...

—No lo tomará.

—¿Si ya están todos los preparativos hechos!...

—Se desharán.

—¿Jesus, María y José!... ¿Quién había de haber dicho que la señorita Julia había de acabar en monja!... ¡Lo que es el mundo!

—No será; me opondré, lucharé... ¿Pero quién me ayudará? ¡Nadie, nadie!—exclamó cubriéndose el rostro con las manos.—Estoy sola en el mundo.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

Caza de un león.—Escriben de Bouira, que estando almorzando un guarda de monte, vinieron los kabilas á advertirle que un león les había comido un buey. Conducido el guarda por los kabilas al sitio en que había sido devorado el animal, encontró sus restos en el fondo de un barranco cubierto de espesas malezas.

Viendo aproximarse la noche, colocó lo que quedaba del buey como cebo, bien atado con una cuerda fuerte, y se ocultó entre unos arbustos, enfrente, á una distancia próximamente de 7 á 8 metros.

Para escapar á las miradas del león, tuvo que aumentar la espesura de su escondite cortando algunas ramas de espino, formando una especie de cabaña.

Para mayor precaución se quedó con él el árabe que le había llevado al sitio, y, después de haber cargado su escopeta con dos cartuchos explosivos, esperó.

Serian las diez de la noche, cuando el árabe le tocó con el codo ligeramente, y le dijo:

—Los leones se están paseando en nuestro derredor.

Pasada la primera emoción, el guarda se echó á la cara la escopeta y la disparó al acaso, porque la oscuridad que le rodeaba era tan intensa, que no le permitía ver ningún objeto distintamente.

La banda felina desapareció como por arte de encantamiento. Durante algunas horas reinó un silencio de muerte; por último, las mandíbulas empezaron á funcionar con la mayor prudencia posible, porque los leones habían vuelto á hurtadillas á reanudar su interrumpido festín.

A las cinco de la mañana se escuchó de nuevo el ruido de las mandíbulas, el guarda cargó su fusil y disparó.

Un ruido formidable se dejó oír, y el león que había sido herido, se precipitó sobre el escondite en que se hallaban ocultos los dos hombres. Estos no hicieron ningún movimiento, y, fríos como el mármol, retuvieron el aliento.

El león se arrastró algunos metros, dejó oír un último rugido, al que respondió el de los otros felinos en huida, y espiró en medio de horribles convulsiones. La bala le había entrado por la paletilla y atravesado los pulmones.

Más soluciones á la charada *Ocaso*, que apareció en el núm. 19 de EL CORREO correspondiente al 18 de Mayo, por las señoras doña María Ayestarán de Llorente, de Valdelucio; doña Cristina Salcedo, de Totana; doña María Rodríguez Pires, de Cardona; doña Dolo-

res Murategui, de San Sebastian, y doña Tomasa Barrio de Nestar, de Cervera de Río Pisuerga.

Solución á la charada que apareció en el núm. 21 de EL CORREO correspondiente al 2 de Junio, por las señoras doña Filomena Diaz, de Torreveja; doña Carmen Ayuso, de Sevilla; doña Amalia Quijano, de Salvatierra; doña Tomasa Barrio de Nestar, de Cervera de Río Pisuerga; doña Celestina Alonso, de Tuy; doña Policarpa Gutierrez, de Zaragoza, y doña Clotilde Montenegro, de Madrid.

HÁBITO.

CHARADA.

Bellas suscriptoras
de este CORREO,
me dirijo á vosotras
cortés y atento;
y con el alma
dedicaros me place
esta charada.

No hallareis en ella
esos primores
que las musas prodigan
á otros cantores:
porque en mi númen
los sublimes conceptos
no se producen.

Pero siendo vosotras
todas atentas,
perdonareis las faltas
que yo cometa.
Y esto sentado,
vamos á la charada
sin más preámbulo.

Como siempre he tenido
muy mala estrella,
he pasado en la vida
la pena negra.
Y sin fortuna,
con *H* tuve pésimo
prima y segundo.

Por dolores y penas
acongojado,
soporté muchas veces
bascas y flatos:
estas dolencias
mitigando con tazas
de *prima y terciá*.

¿Habrá entre vosotras
una sin *todo*?
¿Cuál será la reina
del mejor mozo?
Mas yo presumo
que la que no lo tenga
buscará uno.

Niñas puras y bellas
de tiernos años,
tened para galanes
mucho cuidado;
que son los hombres
para cazar palomas
fieros halcones.

JOAQUIN RAMA.

Los anuncios se reciben
en la Agencia de Publicidad de Antonio Escamez,
Tudescos, 35,

ANUNCIOS.

PRECIOS

Anuncios. 2 francos línea.
Reclamos. Precios convencionales.

MONTURAS PARA SOMBREROS.
VALVERDE, 6, SOMBRERERÍA DE KUHN,

LOMBRIZ SOLITARIA Ó TÉNIA.

Espulsion completa en el mismo día en que se tomen las cápsulas tenífugas de Moreno Miquel, medicamento seguro y de fácil administración, hasta para los niños de más corta edad. Precio, 60 rs. frasco.—Exijase la firma del autor. Depósitos: Madrid, farmacia del autor, Arenal, 2; de Hernandez, Mayor, 27, y de Borrell, Puerta del Sol, 5. En provincias, en las principales farmacias de España, América y Portugal. Con el aumento de 5 rs. se remite á provincias certificado.

COMPANIA COLONIAL
Diez y ocho medallas de premio
TRES PRIMEROS PREMIOS EN FILADELFIA
CHOCOLATES, CAFÉS, TES Y BOMBONES
Depósito general: calle Mayor, 18 y 20. Sucursal: calle de la Montera, 8.—Madrid.

MÁQUINAS PARA BORDAR
32. ESPOZ Y MINA 34.

Con objeto de dar á conocer los primores que pueden hacerse con estas máquinas, se dan un mes para prueba.

PASTILLAS
ANTI-EPILEPTICAS
DE OCHOA

Curacion radical de la epilepsia ó accidentes nerviosos (vulgo mal de corazón, alferencia, etc.) tenidos hasta ahora por incurables. Pidan prospectos al autor, Juanelo, 12 y 14, entresuelo derecha, Madrid.

AGENCIA UNIVERSAL
DE

ANUNCIOS

fundada en 1874

DIRECTOR PROPIETARIO
ANTONIO ESCAMEZ

Es la primera y la más importante AGENCIA DE PUBLICIDAD establecida en España que recibe anuncios, comunicados y suscripciones para todos los periódicos y publicaciones de Madrid, las provincias, extranjero y Ultramar, proporcionando otros medios de anunciar con ventaja en sus precios para los anunciantes, en razón á los contratos especiales y pagos á los periódicos, los que en el último año, según datos que publicó la prensa, ascendieron á **UN MILLON DE REALES PRÓXIMAMENTE** habiendo satisfecho sólo á *La Correspondencia*, *El Imparcial* y *El Globo* por unos 600.000 reales.

Todos los periódicos más importantes de España, como *El Imparcial* y otros, hicieron grandes elogios de la fundación de esta AGENCIA por crearla útil á los intereses del comercio, el que en su mayor parte, tanto de España como del extranjero, anuncian por conducto de esta casa, no sólo por la ventaja de sus precios, sino porque es de más comodidad para el anunciante entenderse solo con una Agencia que, además, dándole garantías, no verifica sus cobros hasta después de publicados los anuncios.

La casa cuenta con una imprenta completa, surtida de elegantes tipos, que ofrece los trabajos más delicados á precios económicos.

Independiente de la SECCION DE PUBLICIDAD, la casa se ocupa de

TODA CLASE DE COMISIONES Y ENCARGOS

y su envío á cualquier punto que se le indique, de la representación en general y de toda clase de asuntos.

Escribir con sellos para la contestación.

Tudescos, 35, Madrid.

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

ALCACHOFAS ASADAS (INTERMEDIO).

Limpías las alcachofas, se les suprime la parte dura, se despuntan un poco y se ponen en una cazuela con tocino entreverado, frito, manteca, perejil, ajos, pimienta y un poco de caldo. Se pone fuego encima y abajo, y cuando estén cocidas y el caldo se haya consumido, se apartan.

Y antes de terminar, ya que tratamos de alcachofas, diremos que para conservarlas durante el invierno, se ponen en una cueva ó en un lugar bien seco, enterradas en arena, en gavillas bien cargadas de fruto, qui-

che un poco de manteca, dos pellizcos de harina, un grano de ajo, dos clavos, dos cebolletas, laurel, tomillo, sal y pimienta. La raya cuece pronto, entónces se retira y se pone á escurrir; se pasa la salsa por tamiz y se la hace reducir.

Se espolvorea el fondo de un plato con queso rallado; se coloca encima la raya, y todo alrededor doce cebolletas cocidas en caldo, escurridas, y rebanaditas de pan frito; se cubre el todo con la salsa y queso rallado, se vuelve al fuego, con una tapadera con fuego encima para que tome color y se sirve. Es un plato excelente.



18. Sombrero de paja para niña.

tando antes las hojas de los ramos. Las cabezas en este estado, no sólo se conservan, sino que continúan aún engordando.

Las alcachofas, además de ser un alimento tan sano, son medicinales.

Machacadas sus hojas y mezcladas con zumo de limón producen buen efecto en las personas hidrópicas.

Hay, sin embargo, que evitar el tomarlas con leche, porque ésta se cuaja y puede producir grandes daños en el estómago.

FRITURA ITALIANA (ENTRADA).

Es un plato exquisito que se compone de una porción de cosas delicadas; higadillos de gallina ó tajadas muy delgadas de hígado de ternera constituyen su parte esencial, á la que se añaden sesos, almejas y ostras, despojadas de su concha (si es posible), *frutti di mare*, producción del mar tomada entre los pólipos, yemas de huevos duros, algunos cogollitos de alcachofa todo cocido, pasado por harina y luego frito.

HUEVOS Á LA ITALIANA (INTERMEDIO).

Se toma una miga de pan del tamaño de una nuez grande, se desmiga en el fondo de un plato, otro tanto de queso raspado, manteca de vacas, dos yemas de huevo y especias: se bate el todo y se extiende en el plato y se pone á tostar á fuego lento. Se rompen encima ocho ó diez huevos, se cubren de queso raspado y se coloca encima una tapadera con rescoldo para que tomen color.

RAYA CON QUESO (ENTRADA).

Se lava y se hace cocer en un vaso de le-



17. Cuerpo para el vestido núm. 15. (Patrón: pliego por el revers, núm. VI, figs. 39 á 46.)



19. Sombrero de paja para niña.

ADVERTENCIA.

Por un error material, en el número 22 de EL CORREO, correspondiente al 10 de Junio, al que acompañaba el figurín 1363, se dió explicación del figurín 1364, que acompaña al presente número, en vez de hacerlo de la que aquel, que publicamos á continuación. Error que subsanará fácilmente el buen criterio de nuestras suscriptoras, á las que rogamos nos dispensen esta falta involuntaria.

EXPLICACION DEL FIGURIN 136

FIG. 1.^a Traje de visita.—Falda y túnica de lanilla color moda, con cuerpo de adetas y adornos consistentes en plissés de la tela, bieses, galones bordados de seda marrón. Manteleta visita de siciliana, guarnecida de encaje breton, fleco marabout y lazo. Sombrero negro guarnecido de raso, plumas y rosas.

FIG. 2.^a Traje de paseo.—La polonesa á paniers se corta con cuerpo de adeta-frac y chaleco adornado de patas y bolsillos. La completa una drapería á paniers, á la cual se ajusta, sobre el chaleco, un adorno fruncido formando echarpe. Fleco de madroños al rededor de la drapearía, plissés en el borde de la falda. Este vestido es de lana verde liso y á rayas negras. Sombrero negro, guarnecido de encaje breton blanco, plumas y rosas.

FIG. 3.^a Traje para señorita.—Ostenta el mismo vestido que la figura anterior visto por delante, sólo que es de cretona lisa y estampada. Sombril a igual al vestido con forro blanco y lazo rosa.



20. Paletot holgado. (Patrón: pliego por el derecho, núm. I, figs. 1 á 7.)

21. Paletot con chaleco.

22. Cuerpo-frac.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a y 4.^a Edición recibirán el FIGURIN ILLUMINADO 1364, y las de 1.^a, 2.^a y 4.^a el pliego de patrones.

Editor-proprietario, Carlos Grassi.

Tip. de G. Estrada, Doctor Fourquet, 7.

Administración: Amonera, 11, Madrid.